

LETRAS LETRAS

**Realiza: JULIO GARCIA GUILLERMO**

— 000 —

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO.  
Los pasos del cazador. Editorial  
Lumen, Barcelona, 1980. 123 págs.  
Los materiales con los que el  
escritor trabaja, y que constituyen  
el idioma, deben ser a menudo  
buscados y descatados del olvido,  
puesto que "se hallan sepultados  
bajo la sombra de esa selva den-  
sísima y oscura, llena de troncos  
caídos, papagayos, lanas, man-  
driles y raíces, a la que llaman  
tradición literaria. José Agustín  
Goytisolo desbrozó otrora cami-  
nos, abrió un claro en esta ju-  
gla y ahondó e iluminó sus con-  
tornos hasta alcanzar 'a esencia  
más pura del castellano hablado  
en La Mancha, Extremadura y  
Castilla la Vieja, y, ahora, el ofi-  
cio y artificio del poeta le han  
permitido, muchos años después,  
convertir aquellos materiales en  
bruto en los magníficos poemas  
y canciones que forman este li-  
bro.

Vanguardes 4 Sep, 80  
26 Goy P/1670

Al margen

# Los pasos del cazador

Semanas atrás recorriendo, con los picos de Europa por fondo, las umbrosas y siempre variantes tierras lebaniegas que fueron del marqués de Santillana, quien las trae en alguna de sus serranillas (Bores, Frama, Espinama); llevado del talante «letraferit» que es nuestra dolencia, iba pensando en el relieve que árboles y flores y animales, llamados por su nombre, adquieren en la poesía de los cancioneros, vale decir, cuando la Baja Edad Media se hace sinónima de Humanismo. Un recuperar el paisaje y distinguir y nombrar sus componentes —pastoras y serranas incluidas— que, recurso poético cuanto se quiera, denota un íntimo trato con la naturaleza; cual no volverá a registrarse hasta el siglo XIX con su inflamado excursionismo, en procura de las raíces nacionalistas. Un integrarse en la naturaleza, no ya a caballo como en los siglos de-hierro, sino despeándose.

Mientras los cazadores ya están petardeando —parte de allá de la ventana—, una clave me brinda la lectura del último poemario de José Agustín Goytisolo, que cabalmente se titula «Los pasos del cazador» (Lumen). Sobre todo, su «En mi memoria y en mi lengua», el pímpante prólogo de dos docenas de páginas en que relata cómo su pasión lúdica por la mal llamada caza menor, al llevarle a patearse media Exremadiura y Salamanca y Avila, los montes de Toledo y buena parte de la Mancha, y alternar, conviviendo, con sus gentes, ha contribuido decisivamente a forjar su propio lenguaje y permear esa poesía suya devuelta al canto.

A completar la conocida teoría orteguiana de la caza como busca de una forma de felicidad, nuestro poeta entiende que el ciudadano que se echa al campo con perro, escopeta, canana, percha y bota lo que experimenta es una sensación de libertad, librándose de la noción de la propiedad privada de la tierra como de los mil tabúes de nuestro vivir urbano. «Cuando ese ciudadano —razona— se coloca al cazar en situación parecida a la de sus ancestrales colegas se siente más suelto y libre, menos angustiado y en un entorno físico más grato y natural que el que le envuelve cada día. Así puede olvidar por un tiempo su imposibilidad de satisfacer las necesidades que le imponen, y acallar sus deseos nunca realizados.» De donde se sigue, en vez del orteguiano paisaje con cierta al fondo, este paisaje con figura femenina, pastora o no, desinhibida ante el encuentro en nada habitual, directo y espontáneo. Y también: «Como la libertad es huida y la felicidad total no se consigue ni se conseguirá nunca, siempre existirán en la Tierra seres angustiados que, en lo más hondo del intrincado bosque de su memoria, seguirán escuchando los pasos del cazador».

Pasos del cazador, que muy coherentemente se nos dan en metro corto y con nitidez y rotundidad adamantinas, así la difícil sencillez de los cancioneros bajomedievales, los del señorón entrado en caza, a pluma o a pandero, como de los primeros fresquismos, emblemáticos, de esos poetas anónimos que denominamos poesía popular. Unos y otros, como los de Goytisolo, brotados en el canto, escritos para cantar. «Aquel árbol del bello ver / hace de manera quiere florecer: / algo se le antoja», o bien el de «Niña de rubios cabellos, / ¿quién os trajo a aquestos yermos? // Mi ventura, el caballero, / mi ventura». Que no son de Goytisolo, por supuesto; pero tal es el tono, el timbre, de los pasos poéticos de nuestro cazador.

Que cubren, mes a mes, desde que va a codornices —y aun antes, pues la perra debe ejercitarse— hasta la veda, en marzo siguiente. Los pájaros, que aún vuelan tranquilos, la codorniz, más tarde y la tórtola, que vuelven de Africa; las torcaces —«lo más airoso en el aire»— y la liebre o la perdiz roja por las rastrojeras; la avutarda, y Guadalupe en medio, el gavilán que en el aire gris planea, y las chicas de Ciudad Rodrigo que no saben besar; el pájaro bobo, la golondrina, el conejo en Arroyo de la Luz —y el Divino Morales— o en Sierra de Gata; los alcaravanes, el halcón que huye del frío, el sisón, la liebre, la becada donde hay agua (y la hospedera generosa, la muchacha lavándose, desnuda, en el río); el zorro, el conejo entre los brezos, el águila, la perdiz que «hace la torre» tras su postrer y esforzado remontar; los azulones, el mirlo, la cigüeña cuando vuelve el buen tiempo, malo para el cazador; más la amapola en el trigo nuevo, el blanco y lila florecer del ciruelo, el estrenado verde de los chopos.

Así en todo este rosario de ochenta y cinco breves y entonados poemas. Poemas incisivos, y vaya de muestra: «¿Son muy altos los montes / en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer. // ¿Son muy altas las torres / en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer. // ¿Son muy altos los sueldos en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer». Pues no todo son raparigas y beijinhos, pelo y pluma. — M.